

Alberto Roca Blaya
Literatura para construir la nación.
Estudios sobre historiografía literaria en España (1779-1850)
Mercedes Comellas (ed.)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. C-1, 2024, 215-222
<https://doi.org/10.55422/bbmp/994>

**LITERATURA PARA CONSTRUIR LA
NACIÓN. ESTUDIOS SOBRE
HISTORIOGRAFÍA LITERARIA EN
ESPAÑA (1779-1850). MERCEDES
COMELLAS (ED.). ZARAGOZA. PRENSAS
DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA.
2023.**

Alberto ROCA BLAYA
Universidad de Murcia
ORCID: 0000-0003-1706-8995

En *Literatura para construir la nación. Estudios sobre historiografía literaria en España (1779-1850)*, Mercedes Comellas coordina a un grupo de once autores que dedican sendos trabajos al estudio de la evolución de la tradición historiográfica española durante el lapso consignado en el título. Como ya ocurriera en *La invención romántica de la Edad Media* –también coordinado por Comellas y enmarcado en el mismo proyecto de investigación del que es resultado este libro, «Hacia la Institucionalización Literaria: Polémicas y Debates Historiográficos»–, los ensayos recogidos en el volumen que nos ocupa abordan dicha tarea desde muy variadas perspectivas, conformando una obra que delimita y aborda buena parte de las cuestiones principales del estudio del discurso historiográfico de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, especialmente su papel en la construcción de la identidad nacional española.

El estudio de la historiografía literaria, que en nuestra academia tiene unos orígenes teóricos relativamente recientes en los trabajos de Claudio Guillén, y una primera arquitectura teórico-crítica de la mano de Mainer, Romero Tobar –quien participa en el volumen– o Pozuelo Yvancos, entre otros, se ha convertido en una disciplina pujante en los últimos años, con grupos de trabajo con una implementación geográfica fácilmente trazable –cabe destacar las contribuciones de investigadores de universidades como las de

Zaragoza, Santiago de Compostela, Murcia o Sevilla—. Pese a esta vitalidad, quedan aún muchas tareas pendientes en el estudio de la historia de la literatura española. A la falta tanto de una reflexión puramente teórica sobre la historia literaria como de un recorrido histórico por las historias literarias españolas se ha de sumar la relativa escasez de estudios dedicados al siglo XVIII —a excepción de los debidos a Inmaculada Urzainqui y Rosa M^a Aradra—, cuestiones que este volumen viene a atajar, si bien parcialmente.

La obra se divide en cuatro apartados, a los que precede una introducción que escribe la coordinadora. La primera parte, «Coordenadas: conceptos y límites», reúne los trabajos de Leonardo Romero Tobar, Rosa María Aradra y Santiago Pérez Isasi; quienes triangulan la propuesta al delimitar el campo de estudio desde tres perspectivas distintas, pero complementarias: la histórica, la teórico-genérica y la geopolítica, respectivamente. En un segundo apartado, «Contornos: caracterizaciones, periodos y voces», se engloban los ensayos de Edward Baker, Carmen Calzada Borrallo y Manuel Contreras Jiménez. Se trata de una sección en la que se acude al estudio de algunas calas significativas en la tradición historiográfica, más concretamente la lectura ilustrada de la Edad Media, las primeras contribuciones del hispanismo alemán y las concomitancias genéricas entre relatos de viaje e historias literarias en el quicio entre los siglos XVIII y XIX. La tercera parte, «Las plumas: historiadores y autores literatos», recoge los trabajos de Rodrigo Olay Valdés, Xavier Andreu-Miralles, Raquel Sánchez y Mercedes Comellas; textos que abordan la obra de distintos historiadores de la literatura: Manuel José Quintana, Gil y Zárate, Alcalá Galiano, así como otros autores que reflexionan sobre lo histórico-literario en el panorama europeo y español. Por último, en el cuarto apartado, «Personajes: el Cid», se recoge un único trabajo: el de Isabel Román Gutiérrez sobre la recepción dieciochesca y decimonónica del héroe épico.

En el texto que sirve como introducción al volumen, Mercedes Comellas sienta las bases de la obra al ofrecer un amplio estado de la cuestión e identificar los objetivos comunes de los textos. Tras un repaso por las contribuciones teóricas y críticas de las últimas décadas —en el que comparecen obras clásicas como las de Jauss, Welck o Perkins; así como los trabajos más recientes de

Pozuelo Yvancos, Beltrán o Romero Tobar, entre otros—, Comellas delimita el campo de estudio resaltando algunas de las principales contribuciones a la historia literaria española en el lapso de tiempo abordado —las de autores europeos como Bouterwek, y las autóctonas de Velázquez de Velasco o Juan Andrés, por ejemplo— y apuntando el papel de estas en la conformación de una identidad y de una imagen de lo español. Este prefacio incluye, asimismo, resúmenes de cada una de las contribuciones en los que incluye referencias a trabajos previos en el campo de la historiografía literaria de cada autor.

Pasando al primer bloque de ensayos, Romero Tobar continúa en «Los inicios de la historiografía literaria española: estado de la cuestión» la que viene siendo una de sus grandes reclamaciones desde la década de los noventa, esto es, una historia analítica de la historia literaria española. En este sentido, el crítico repasa algunos textos fundamentales —desde la *Carta-Prohemio* hasta la historia de Bouterwek—, reflexionando, asimismo, sobre las ideas estéticas e ideológico-políticas que los informan. Además de un nutrido estado de la cuestión en el que remite a trabajos de los últimos años sobre estos hitos histórico-literarios, el autor señala algunas cuestiones poco atendidas como la temprana recepción en prensa de la obra de los Rodríguez Mohedano. Rosa Aradra, por su parte, se propone trazar un recorrido teórico por los orígenes de la historiografía literaria española, los cuales encuadra en la confluencia del reajuste disciplinar entre poética y retórica a finales del XVIII y la crisis del clasicismo normativo. Esta coyuntura está en la base de la construcción de una nueva concepción de la historia literaria que asume, incorpora y resignifica categorías —géneros, estilos, etc.— con las que ordena e interpreta el pasado literario en clave nacional en textos de muy diversa índole. Las reflexiones teóricas y genéricas de Aradra se concretan en el estudio de las obras de Luzán, Velázquez, Mayans, Capmany o Juan Andrés, entre otros. Se trata de una línea de investigación a la que la autora ha realizado numerosas contribuciones, cuyas ideas fuertes vienen a confluír en este repaso panorámico de la cuestión. Por último, este bloque de «Coordenadas» se cierra con el ensayo de Pérez Isasi, quien problematiza la relación entre historiografía literaria y proyecto nacional desde un enfoque ibérico o iberista. La premisa del trabajo

es que la narrativa nacional presenta grandes problemas para dar cuenta de la complejidad cultural y literaria de la península, sobre todo en lo que atañe al plurilingüismo. Pérez Isasi ejemplifica estos problemas con el tratamiento que textos clásicos como la historia de Fitzmaurice-Kelly dan a elementos como las cantigas medievales o la producción de Gil Vicente. Para atajar esta circunstancia, el autor plantea modelos alternativos que van desde la historiografía transnacional y la comparada hasta la delimitación de un ámbito ibérico haciendo uso de las posibilidades que ofrecen las humanidades digitales.

Ya en el segundo apartado, el trabajo de Baker es, junto al de Román Gutiérrez, el que más claramente entronca con los objetivos de *La invención romántica de la Edad Media*. En la estela de este volumen colectivo, el autor analiza la formación del canon poético medieval durante el siglo XVIII. Partiendo del análisis de la nueva concepción del tiempo y la historia a lo largo de la centuria ilustrada, Baker destaca el papel que ese nuevo periodo histórico y literario, el que media entre Antigüedad y Modernidad, cumple en la construcción de una visión nacionalista de la cultura y la literatura españolas. El capítulo del hispanista proporciona un detallado estudio de las ideas historiográficas dieciochescas y destaca la importancia que en este proceso nacionalizante viene a desempeñar la cuestión lingüístico-filológica, tomando como ejemplo fundamental la *Colección de poesías castellanas anterior al siglo XV* de Tomás Antonio Sánchez. Se trata, por lo demás, de un ensayo con una fundamentación teórica sólida que trae al debate historiográfico-literario ideas y textos de otros campos colindantes como la lingüística y la historia *tout court*. El interés por el pensamiento europeo acerca de la literatura española que venimos encontrando a lo largo de estos capítulos se hace protagonista en «España y la historia de la literatura según el primer hispanismo alemán», de Calzada Borralló. La autora ya había abordado las lecturas de la literatura medieval de Dieze, Bouterwek y Schlegel en la anterior obra coordinada por Comellas. En esta ocasión, amplía el objeto de estudio y se adentra en el análisis global de las primeras contribuciones del hispanismo alemán a una historia de la literatura española. Además de estudiar las propuestas de los ya citados autores, Calzada Borralló incorpora a su trabajo las reflexiones de

Wincklelmann y Herder, así como noticias de la fortuna de los textos analizados y sus autores. Entre las conclusiones del capítulo se puede entresacar la impronta de la historiografía ilustrada española en estos textos primeros del hispanismo alemán y la progresiva incorporación de las tesis herderianas, y la sensibilidad estética que estas propugnan, en unos textos que apuntan a una revalorización de la literatura española dentro del sistema literario europeo. Cerrando este apartado, Contreras Jiménez plantea la posibilidad de considerar el relato de viajes un género historiográfico, propuesta que sustenta con el análisis de una serie de obras de finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Tras de realizar un detallado estado de la cuestión en lo que a teoría de la historia literaria se refiere, el autor pasa a analizar un corpus de relatos de viajeros a España. Contreras Jiménez, que ya había dedicado un estudio de este tipo a la obra de Dillon y su influencia en la historia atribuida a Malmontais, incorpora ahora las obras de Clarke, Baretti, Twiss, Peyron, Southey, Laborde, Bowring y Blaquièrre, a los que se ha de sumar un listado de obras que apunta, pero que no llega a analizar. El análisis de dichos textos permite al autor concluir la importancia de un género que podría parecer lejano a las narraciones histórico-literarias al uso, pero que, en el periodo estudiado, se insertan en el debate europeo sobre la literatura española, mantienen relaciones textuales con las historias literarias e influyen la construcción de un canon de autores.

El bloque de estudios dedicados a historiadores de la literatura se abre con «La construcción del canon poético en los ensayos de Manuel José Quintana», de Olay Valdés. En su capítulo, el autor analiza casi una decena de trabajos que Quintana escribió entre 1795 y 1833. La prolija obra del poeta e historiador es presentada por Olay Valdés como un proceso *in fieri*, en el que se incorporan continuamente nuevas ideas. Del estudio de estos textos, el autor entresaca los dos principios rectores del canon poético que Quintana propone: la lectura presentista e interesada estética e ideológicamente, lo que ejemplifica con su tratamiento de Herrera o Góngora, por ejemplo; y el alto grado de continuismo en sus planteamientos, cuyas líneas generales se mantienen a lo largo de toda su producción. El ensayo esboza una suerte de intrahistoria del campo literario y académico del periodo estudiado, así como

algunos apuntes sobre la recepción nacional y extranjera del pensamiento de Quintana. En el siguiente capítulo, Andreu Miralles parte del *Resumen histórico de la literatura española* de Antonio Gil y Zárate para abordar la forma como los intelectuales liberales abordaron el sustrato árabe, tanto lingüístico como literario. La obra de Gil y Zárate es una de las más influyentes a nivel intelectual y político del periodo, y le sirve al autor para reflexionar acerca de la relación ambivalente con lo andalusí de otros intelectuales como Blanco White, Quintana o Eugenio de Tapia. La primera parte del ensayo dialoga con trabajos relativamente recientes de Jesús Torrecilla, cuyas tesis rebate Andreu Miralles. Tras este estado de la cuestión, se abordará la evolución del tratamiento del legado árabe en varios críticos y literatos liberales y, por último, se analizará la propuesta de Gil y Zárate. El autor describe la posición del historiador como una solución en la que lo árabe se integra en la esencia española de manera ecléctica, lo que ha de ser entendido como una manifestación de un romanticismo clásico que entronca con las ideas de Alcalá Galiano, y que se pone en relación con el moderantismo liberal de Gil y Zárate. Precisamente el proyecto historiográfico de Alcalá Galiano es el objeto de estudio de Raquel Sánchez, que en su capítulo analiza tanto sus lecciones del Ateneo como su *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*. La autora resalta cómo las ideas del crítico van más allá del panorama nacional y dan cuenta de una idea de cultura europea que se articula con los análisis de las literaturas ya mencionadas. Esto no quiere decir que la propuesta de Alcalá Galiano trascienda el modelo nacional, sino que el autor aboga por la configuración de un espacio superior conformado por una suma de literaturas nacionales con sus propias características, pero que comparten elementos –el autor prima el legado clásico y da gran importancia a las traducciones– y que se relacionan de distintas maneras –Alcalá Galiano apunta la hegemonía cultural del Francia, idea en consonancia con sus lecturas de autores del círculo de Madame de Staël–. La autora entiende que tras el proyecto del historiador subyace una nueva idea de nacionalidad que incorpora elementos antropológicos y aboga por una lectura más culturalista que esencialista. El último capítulo del apartado corre a cargo de la coordinadora del volumen, y tiene por tema las historiografías

románticas de autor, más concretamente los ejemplos paradigmáticos de Shelley, Victor Hugo y Ros de Olano. Frente a la imperturbabilidad estética del paradigma clasicista, el romanticismo desarrolló una concepción de la literatura como historia que se erige sobre la idea de mudanza o variabilidad. Este historicismo de corte romántico conlleva un replanteamiento de la figura del autor, cuya permanencia no se debe ya al cumplimiento de una serie de normas, sino a su capacidad de justificarse y perpetuarse en el tiempo. Comellas recupera a este propósito el concepto de escenografía autorial de Díaz para describir y analizar las estrategias que emplean distintos autores a tal fin. Los tres textos analizados comparten una serie de características –su estructura argumentativa, de tono defensivo y polémico; su planteamiento dialéctico, pensando en un interlocutor que se hace presente a lo largo del texto; y una misma estructura, con una parte histórica al frente sobre la que se sustenta su justificación– y un mismo objetivo. En las conclusiones, Comellas repara en el uso que estos autores hacen de la nueva concepción histórica de la literatura: la historia no es para ellos una base desde la que interpretar las obras literarias, sino un pretexto para justificar sus propias poéticas y sus figuras autoriales.

Por último, el capítulo de Isabel Román Gutiérrez, «Nacionalismo, literatura, historiografía: el Cid en los siglos XVIII y XIX», cierra la obra con un amplio y detallado panorama de la recepción del Cid a lo largo de esas dos centurias, y del papel que cumple este personaje en la construcción de la identidad española. Este proceso de resignificación de la figura coincide con el momento de menor relevancia política y cultural de España y tiene como punto de partida el hallazgo en 1775 del manuscrito del *Cantar*. Desde ese momento, la figura del Cid gana enteros en el discurso histórico-literario en clave nacionalista, como observa la autora en las obras de Lampillas o Masdeu, aún en el XVIII; o en las de Agustín Durán o Modesto Lafuente, ya en el XIX. El pormenorizado repaso histórico no se limita únicamente a autores españoles, sino que va incluyendo algunos trabajos de autores foráneos. Román Gutiérrez repara en algunos acontecimientos que influirán en la interpretación del Cid, como pueden ser la Revolución Francesa o las guerras napoleónicas. La autora detalla la creciente ideologización del personaje, la tendencia a una

interpretación positiva de este y su actualización literaria de mano de autores románticos como Kostka Vayo o Hartzenbusch, entre otros. Tras un repaso por su recepción historiográfica y crítico-literaria, la autora llega a sondear la recepción del Cid a finales del XIX e inicios del siglo XX, en lo que ella misma llama la desmitificación del héroe. Se trata, pues, de un exhaustivo y riguroso estudio de los usos de este personaje medieval a lo largo de algo más de un siglo.

Del comentario de sus capítulos se deduce el alcance y la importancia de una obra como *Literatura para construir la nación*. El volumen es una contribución muy valiosa al campo de la historiografía literaria en tanto que arroja luz sobre cuestiones amplias y complejas como son los orígenes de la tradición historiográfico-literaria española, y las dos vertientes –la estética y la político-cultural– de los discursos que en su seno se generan. Los ensayos responden a un variado elenco metodológico: desde aproximaciones teóricas carácter general, a estudios de casos concretos, entre los que me parece necesario destacar los dedicados a los proyectos historiográficos de autores decimonónicos, por cuanto no redundan en la lista de nombres –Ticknor, Amador de los Ríos, Valbuena Prat, etc.– a los que se acostumbra a dedicar trabajos de este tipo. Uno de los mayores aciertos del volumen es que las distintas contribuciones, si bien abordan de manera sólida y eficaz sus objetos de estudios, dejan puertas abiertas al lector especializado, convocándolo al debate sobre una disciplina difícilmente agotable como es la historia literaria. El mayor de sus problemas, por otra parte, nace de la distribución de las contribuciones en bloques de contenido: al tratarse de enfoques tan diversos, en los que se conjugan perspectivas y metodologías muy variadas, la coherencia de los apartados acaba comprometida –el estudio de Calzada Borralló, por poner un ejemplo, pasaría más bien por un estudio de autores que por un ensayo sobre los contornos del discurso historiográfico–. En cualquier caso, esto último no es sino detalle nimio que para nada desmerece una obra de estas características, que cumple con creces los objetivos marcados en el texto introductorio de su coordinadora, y que ofrece nuevos puntos de vista y abre nuevas vías en el campo de los estudios de historiografía literaria.